

lizantes, somníferos y ansiolíticos en Thomas, se traduce en Klaus a drogadicción múltiple y constante. Su vida erótica empieza con una escena que parece escrita por el padre: ama a un compañero de colegio y sólo se atreve a enviarle un poema anónimo. Mientras tanto, el adolescente Klaus inicia una maniobra de seducción del padre: se muestra desnudo ante él, advirtiendo la turbación de Thomas y su ternura inopinada. El episodio pasa a alguna de sus narraciones (*La danza fiel*, por ejemplo). Thomas anota el enamoramiento en su diario, pero lo emboza ante el hijo, que lo recuerda frío, desagradecido, desamorado y mendaz. Un modelo de ser amado que padeció el padre y que transfiere al hijo. Tal vez, la historia de la abuela Julia, no querida por su marido.

Al poner en práctica su homosexualidad, Klaus la define como un signo de elección y nobleza, aunque asociada a la desgracia. Síntoma de extravío y degeneración para el padre, el hijo buscará amores que acabarán en desdén, o accidentes venales con masajistas de baños turcos, marineros y chulos. La ruina económica constante (quizás, el modelo del padre del padre) lo lleva a la dependencia y, después, a la miseria. Cada vez que se marcha de casa, para recalar en albergues pasajeros, la despedida de Thomas es: «Sé feliz, hijo mío, y vuelve cuando te sientas miserable».

La sexualidad desbocada de Klaus es como la sexualidad inhibida de Thomas: una fuente de grandes tormentos y pequeños placeres. La misma fobia al cuerpo los lleva a verse en constante proceso de destrucción, en una historia contada por la muerte. Klaus no puede ocupar el lugar del padre ni encontrar uno propio. Será siempre un escritor secundario, apresurado y provisorio. Su tarea no es vivir ni producir, sino aniquilarse. La paterna «simpatía por el abismo» se traduce en busca del modo y lugar del suicidio. Providente y tierna, la madre le ofrece un modelo de desdicha y resignación, bien que rodeada de gloria mundana. Härle y Alice Schwarzer (ver bibliografía) interpretan su sexualidad como una forma de sadismo anal: engullir y ablandar el falo del otro para castrarlo. *Ent-mannen* (castrar) es el privativo de *Mann*.

Al comenzar su autobiografía, Klaus parece repetir las invocaciones que abren *José y sus hermanos*, el cumplimiento de la fatalidad clánica y la rebusca en el insondable pasado:

¿Dónde empieza la historia? ¿Dónde están las fuentes de nuestra vida individual? ¿Qué sumergidas aventuras y pasiones han conformado nuestro ser? (...) Los tabúes atávicos de tempranas generaciones permanecen vivos en nosotros; en el más profundo estrato de nuestro ser hay la penitencia de una culpa ancestral; nuestro corazón soporta el peso de olvidadas aflicciones y pasados tormentos.

La tragedia de Klaus es querer huir del nombre del padre y no hallar un lugar donde hacerlo. Todo el universo parece ya ocupado por el fantas-

ma paterno (que, acaso, sea el del abuelo paterno hipostasiado en Dios, en Padre Primordial). Se enamora de Uto, un muchacho de su edad, y lo llama Phaidros, como Aschenbach a Tadzio. Un capítulo de sus memorias es «Desorden y penas precoces», como el cuento de Thomas. La imagen del padre es la de un señor encerrado en un despacho que huele a tabaco y a colonia. Allí los objetos son inmutables y habita un hombre de leve sonrisa y voz amigable, que sale a pasear todas las tardes y luego va al salón y ocupa el lugar de la abuela, tocando el preludio de *Tristán* en el piano. Un hombre «ajeno al mundo, ensoñado, pero ordenado hasta la pedantería».

Hay un paraíso perdido, pero es anterior a la subjetividad y se vincula con la felicidad de no ser, con la dulzura de estar muerto: la cuna que huele a caucho, a madera lustrada y a katung (un textil de la época, cuyas letras evocan el nombre materno: Katia). El lugar de Klaus está antes o después de la vida. Los sueños pavorosos le muestran a un hombre sin cabeza: son el espejo del castrado. Luego, en la vigilia, el padre disipa los fantasmas y merece el apodo de «Mago». En cualquier caso, la cabeza sobre los hombros la lleva él. Klaus sufre de pavor nocturno, como Hanno Buddenbrook, el fin de raza inventado por Thomas.

La única salida a esta fuga es el suicidio. Thomas se desentiende de tales minucias. El 11 de julio de 1948, en un intento con gas, Klaus es atendido en el hospital, luego en casa de Bruno Walter y de su hermano Golo. Erika y un marinero de nombre Harold, que llora y calla, lo socorren. El 22 de mayo de 1949 la noticia de la muerte de Klaus llega a Thomas en Estocolmo. «Enfermizo, feo, odioso, regresivo e insoportable» comenta en el diario. Consuela a la madre y la hermana y sigue su viaje de conferencias. Erika va a ver la tumba en Cannes y, a comienzos de junio, reciben su maleta en Zürich: una máquina de escribir, un abrigo. Thomas consuela de nuevo a las mujeres y comenta en su diario: «Infantil expresión de un deseo insatisfecho en su rostro muerto. El veneno, un medio de desalojo». Más adelante: «Me avergüenza su rigor, su media verdad. Un exceso de carácter es incorrecto. No debí ser tan tolerante». Erika (27-7-1949) dice algo similar a Pamela Wedekind: «...murió tan inocente como había vivido»... «Pero es duro comprobar que no ha dejado una hoja, una despedida. No es posible que haya dejado de pensar en nuestra madre y en mí, y no haya podido decirnos algo». La red se ha roto. El clan reprueba a quien se ha escapado de él, aunque sea de tan brutal manera.

Golo

Una casa sombría, llena de fantasmas, poblada de libros, zona de miedo y angustia, con relatos de aparecidos que evocan el mundo sudamericano

que luego encontrará en Guimaraes Rosa y García Márquez: así evoca Golo Mann el escenario natal, donde irrumpe, cada tanto, la abuela brasileña, «la pobre y alocada mamá», como Thomas la define en carta a Heinrich. De esa casa proyecta fugarse con unos compañeros de escuela, en busca de otro jefe, otro padre. Luego, hallará grandes maestros en la opulenta universidad alemana del prenazismo: Karl Mannheim, Friedrich Gundolf, Max Dessoir, los hermanos Weber, Böhn-Bawerk, Werner Sombart, Karl Jaspers. Berlín, en los veinte, es espléndido y muy poco alemán. Golo se hace obrero en una mina. Fuera de la red hay lugares. No obstante, su vocación definitiva estará inscrita en el decreto paterno: será historiador, pero de una historia que no vale si no es buena literatura. Sus modelos: Schiller, más tarde Julio César y Tácito. En la red falta un proletario, un estudioso, un buen alumno: él lo será.

El padre no le merece un recuerdo amable. Es un «gris señor que se sentaba en su escritorio, aquí en Kilchberg junto a Zürich, con la mirada fija en el neblinoso lago, uno más de los tres hermanos mayores...». Fue tierno hasta la guerra (1914) cuando se volvió enfadón, rabioso y cruel, sobre todo con Klaus. Hace siempre una misma jornada: trabajo, siesta, trabajo. Cuando Alemania pierde la guerra, sufre insomnios. Hasta el fin, ha creído en la victoria. Nunca lo ha visto llorar. Tampoco a su madre; salvo en el entierro de Thomas, no en su funeral. En cambio, Michael, que tan poco debía agradecer a Thomas, estalló en sollozos.

El mundo amoroso de este célibe erudito parece calcado de su padre. Se enamora de Johannes Ludwig, un compañero de los cursos superiores, y decide que será el primero y el último. Luego, un muchacho de veinte años lo abraza y lo besa. Él admira su figura, ama sus ojos y sus cabellos, pero resiste sus avances. La vida es el «preludio de la muerte», el abandono de edades doradas. La ligereza corporal del púber subsiste en la memoria del adulto como un fantasma. Tazio. La homosexualidad larvada de la juventud prenazi le resulta rechazante. La personifica en Kurt Hahn, líder universitario. Los muchachos se toman de los hombros, se abrazan viajando en bicicleta y duermen juntos, contándose historias obscenas. Una educación caballeresca, de solapada paidofilia.

Cuando Golo se refiere a Hitler, también parece que oyéramos a su padre: Hitler no es germánico, ni siquiera austriaco. Es de la tierra de nadie, habla guturalmente, con acento impreciso, y esto es lo que, precisamente, fascina a los alemanes. El nazismo no es la revolución conservadora de Rathenau y Luddendorf, sino la toma del poder por una plebe ansiosa de bienes materiales inmediatos, lo cual no es noble, burgués ni proletario.

A veces, Golo entrevé salidas al denso tejido de la red. El tío Erik es el exilio ordenado por el abuelo Pringsheim, tras una vida principesca y

dispendiosa. Klaus, el viajero rico en experiencia, sobre todo eróticas, todo lo opuesto a Golo. Último del clan, el sabio solterón custodia la solitaria casa de Kilchberg.

Moni

La vida de Monika Mann es la más dramática de todas las que venimos repasando. En septiembre de 1940, el barco en que vuelve de Europa a Estados Unidos es bombardeado por los alemanes y ella ve morir ahogado a su marido, el historiador del arte húngaro Jenő Lanyi. Moni sobrevive horas, aferrada a un madero, hasta que es rescatada. Tres años después sufre calcificación cardíaca y angina pectoral. Amores contrariados, histeria y trastornos cerebrales la llevan a depresiones, mutismo y crisis de sueño a mediados de 1948. Más tarde vivirá un segundo matrimonio en un lugar idílico del sur de Italia, y la segunda viudez la llevará junto a Golo, para morir en 1992.

El texto que nos ha dejado está mechado de citas y recuentos de escenas tomados de las novelas de Thomas. El imaginario de la hija está poblado por el discurso del padre. Por eso, quizá, su retrato es el más rico: parece pensado por él mismo, desde ultratumba.

Thomas se muestra como gozando de la «no vida», como si habitara el día 366 del año, el constante no-cumpleaños de Alicia: un olímpico País de las Maravillas. Fanático del equilibrio, inmutable, le fastidia la puerilidad de sus hijos. Solemne y decoroso, sobre todo a la hora de comer, cuando se junta con la familia, es poliédrico y tolerante. Libra «una eterna e íntima lucha hacia una progresiva liberación de sí mismo». Su vida tiene un ritmo bello y despiadado, tomado de su gran afición: la música. Su relación con ella (añadamos: con la figura materna) es comprometida y dramática, pero pasiva y tendente a la desesperación. Thomas seduce a los demás escuchando y contagiando sus vivencias musicales, algo como Adrian Leverkühn.

Al igual que sus mayores, Monika es mala alumna. Indolente y rebelde, acaba siendo expulsada del colegio. De vuelta a casa, nunca sabe si su padre está o no en ella. El paso de Thomas es apenas perceptible. Los hijos lo ven abriendo la correspondencia y en contados momentos más. Es imposible discutir con él: siempre tiene razón, con una templanza, acaso pecaminosa, que desarma al contrincante. No expresa sus sentimientos, no pierde el garbo, nunca tiembla de frío pero todo, en su derredor, está congelado. El frío diabólico, otra vez: Adrian. Vida y muerte lo llenan, pero en conflicto, reforzándose mutuamente. Por eso, Monika lo siente fuerte aún después de muerto. Junto a él, Katia es una mujer «infantil, pintoresca y corajuda».

Bibliografía

HELGA KEISER-HAYNE: *Beteiligt euch, es geht um eure Erde. Erika Mann und ihr politisches Kabarett «die Pfeffermühle»*, Spangenberg, München, 1990.

JAN HERSCHENRÖDER-ULRICH TOEMMES (eds.): *Thomas Mann geboren in Lübeck*, Gustav Weiland, Lübeck, 1975.

THERESE GIEHSE: *Ich hab nichts zum sagen. Gespräche mit Monika Sperr*, Bertelsmann, München, 1973.

GUSTAV GRÜNDGENS: *Lass mich ausschlafen* (ed. Rolf Badenhäuser), Ullstein, Frankfurt, 1987.

RICHARD CARTENSEN: *Thomas Mann sehr menschlich*, Gustav Weiland, Lübeck, 1974.

MARIANNE KRÜLL: *Im Netz*

No está claro, para mí, si el hecho de que la vida estuviera siempre iluminada por la figura de papá, fuese una condena o una bendición.

Una de las últimas escenas que Monika evoca es el encuentro de Thomas Mann con el papa Pío XII. Se vistió de negro, se puso todas sus condecoraciones y estuvieron ambos de pie durante la audiencia. Finalmente, el escritor besó la mano papal, de rodillas. «Me incliné ante algo que tenía dos mil años» comentó a la hija. En caso de vivir en Roma, se habría hecho católico. Es de pensar que, más aún, se habría hecho vaticanista, parte de la última corte del mundo.

Frido

El 31 de julio de 1940 nació Fridolin Mann, el primer nieto del escritor, hijo de Michael. La anotación del diario es poco entusiasta: no le gusta demasiado ser abuelo de ese chico americano, con sangre alemana, judía, suiza y brasileña. Luego, el tiempo lo convierte en una afición privilegiada. A los seis años lo ve como un campesino idealizado, un elfo. Lo toma de modelo para Eco, el niño de *Doktor Faustus*, víctima de la diabólica seducción de Adrian. Quiere ver en Frido rasgos homosexuales (fobia y encanto) y hasta sueña, con desagrado, que el chico es una mujer (8-7-1950).

Según evoca en su novela autobiográfica (ver bibliografía), Frido, que contaba catorce años al morir Thomas, vivía bajo el dominio de su poderosa imaginación patriarcal. Quería ser músico y escritor, como él, imitaba su firma, proyectaba hacer una novela con un personaje llamado Adrian. Por su parte, Michael siempre sintió que Frido era hijo de Thomas y que suyo, en verdad, sólo resultaba Erik, un hijo menor.

Una lejana imagen, de sus cuatro años, reúne a los dos niños rodeados de figuras gigantescas, sombrías, cálidas y amenazantes. Luego, en casa, todo parece repetir el orden del clan. Mientras el padre estudia la viola, la madre pide silencio. El abuelo lee cuentos de hadas a los nietos, los mismos que leyó a sus hijos. La música y los fantasmas impregnan ambas casas.

Tras la guerra, Michael y los suyos van a Suiza, país de Grete, su mujer. Suiza es un lugar idílico, igual que para Thomas. El niño ha sido educado en dos lenguas y habla el inglés con acento suizo. En Suiza lo ven como americano. Siempre es un extranjero y su identidad es clánica: heredará a una estirpe «fuerte» de la cultura alemana.

De ese tiempo es una visión del mar que parece tomada de la vejez de Thomas: algo infinito, abismal, que se agita como una bacante y, en el horizonte, la calma de la muerte. En compensación, la familia materna es apa-

der Zauberer. Eine andere Geschichte der Familie Mann, Arche, Zürich, 1991. *La familia Mann*, Edhasa, Barcelona.

MARCEL REICH-RANICKI: *Thomas Mann und die Seinen*, DVA, Stuttgart, 1987. *Thomas Mann y los suyos*, Tusquets, Barcelona.

RICHARD WINSTON: *Thomas Mann. The making of an artist*, Alfred Knopf, New York, 1981.

GOLO MANN: *Recuerdos de mi padre*, Inter Naciones, Bonn, 1965.

— — — *Erinnerungen und Gedanken. Eine Jugend in Deutschland*, Fischer, Frankfurt, 1986. *Recuerdos y pensamientos*, Plaza y Janés, Barcelona.

ERIKA MANN: *Das letzte Jahr*, Fischer, Frankfurt, 1957.

— — — *Briefe und Antworten 1922-1950, 1951-1969*, ed. Anna Zanco Prostel, DTV, München, 1988.

REINHARDT BAUMGART und A.: *Thomas Mann und München*, Fischer, Frankfurt, 1989.

MONIKA MANN: *Vergangenes und Gegenwart*, Kindler, München, 1956.

GERHARD HÄRLE: *Männerweiblichkeit. Zur Homosexualität bei Klaus und Thomas Mann*, Athenäum, Frankfurt, 1988.

KATIA MANN: *Meine ungeschriebene Memoiren*, ed. Elisabeth Plessen y Michael Mann, Fischer, Frankfurt, 1974.

VIKTOR MANN: *Wir waren fünf. Bildnis der Familie Mann*, Fischer, Frankfurt, 1976.

GOTTFRIED BERMANN FISCHER: *Bedroht, bewahrt. Weg eines Verlegers*, Fischer, Frankfurt, 1971.

KLAUS SCHRÖTER: *Thomas Mann in Selbstzeugnissen und Bilddokumente*, Rowohlt, Hamburg, 1975.

KLAUS MANN: *Der Wendepunkt. Ein Lebensbericht*, Fischer, Frankfurt, 1953.

FRIDO MANN: *Professor Parsifal. Autobiographisches Roman*, Heinrich Ellermann, München, 1985.

HEINRICH MANN: *Ein Zeitalter wird besichtigt*, cap. «Mein Bruder», Aufbau, Berlin, 1973.

Text plus Kritik, n.º 93/94, enero 1987, München, monográfico sobre Klaus Mann.

WANDA BANNOUR-PHILIPPE BERTHIER (eds.): *Eros Philadelphie. Frère et soeur, passion secrète*, Félin, Paris, 1992.

MICHEL BRAUD: *La tentation du suicide dans les écrits autobiographiques 1930-1970*, PUF, Paris, 1992.

cible y burguesa, sin nadie destacado. El doble mundo de las *Kunstnovelle* del joven Thomas.

A los veintiún años, Frido semeja a su tío Klaus: alcohol, barbitúricos, soledad, autoestima exagerada, diario íntimo. Golo es el único pariente que se ocupa de él. Durante un ensayo de *Parsifal* tiene una crisis religiosa, movida por la presencia de Kundry, la tentadora y redentora. Su novia, Bettina, se resiste al acto sexual y lo empuja al catolicismo. En la compañía de ópera está Edeltraut, una mujer divertida que se acuesta con todo el mundo. Con su amigo y mentor Manuel Gadun marcha a Roma, decidido a ser un buen católico (una de las últimas fantasías del abuelo). En la mezcla de pecado y salvación, sensualismo y espíritu, cuerpo y alma, está el catolicismo, no la contención protestante. La historia del tío abuelo Heinrich.

Con el tiempo, Frido, como si recorriese el camino hacia el Grial, pasa de la música a la teología social, a la psiquiatría y a la medicina. Halla a Elisabeth, alguien que le vale de madre y hermana, y que lleva el nombre de otro personaje redentor wagneriano, el de *Tannhäuser*. Por fin, su modelo vuelve a ser el tío Klaus, por sus posiciones políticas y su final intento de convertirse a la fe católica.

Al inhumar al abuelo, Frido siente que acaba una monarquía. Sigue una república de fantasmas, como se ve, entretreídos en la misma y persistente red. La red no se corta. La historia sí se cuenta.

Blas Matamoro